

# **LUNA DE PAPEL**

**JOSÉ ENRIQUE CANABAL**

## 1. Irlanda.

El crepúsculo lloraba. Un cielo ceniciento, tupido, cargado de melancolía, pesaba sobre la aldea como una lápida, oscurecía sus callejuelas y desdibujaba las fachadas de las moradas. Betty se retorció entre dolores y llantos. La habitación era como una mancha desteñida, que se parecía la orilla de la mar cuando se enturbiaba y se aferraba a las rocas del acantilado. Un firmamento encapotado turbaba la soledad. Todo era frío, tristeza, piedras de fachadas enmohecidas, tejados chorreando el aguacero, ventanas vaporizadas y puertas curtidas por la humedad. Betty se decía así misma que cuanto más grande era un hombre, tanto mayores eran sus pasiones. No había transcurrido ni un instante, cuando el anochecer se desprendió súbitamente, sin la mutación del atardecer, como si irreflexivamente se hubiera ahogado la luz del día. En aquella aldea los minutos eran largos, pero los días cortos. El chaparrón hostigaba y el frío era ahora más vivo. Transcurrieron varias horas antes de que la tormenta detonase. Al atardecer el cielo empezó a cerrarse rápidamente, poco después una amenazante masa de nubes plúmbicas voló sobre Gortmore y disminuyó la visibilidad, hasta anteponer el horizonte ante sus propias narices.

La comadrona juraba en gaélico. Una repercusión sorda lo dominaba todo, y, las salobres aguas del puerto abordaban al rompeolas. Era el temporal que arrollaba con furia ciega, arremetiendo de costado a las embarcaciones. La mar esta vez traía más ira que nunca, a causa, sin duda, de que los barcos pesqueros la habían engañado, alcanzando la protección del puerto, cuando parecía que estaba a punto de tragarlos; las fauces coléricas de la mar arremetían con rabia desmedida contra los espigones de aquel nido de pescadores. Todo el malecón era azotado por olas gigantescas, la mar llegaba hasta las primeras insolentes casas y alardeaba de su poder, las inundaba solicitando su partida de nacimiento. “Noche de perros”, dijo la comadrona como queriendo ahuyentar la soledad y el silencio, cogió el bebé en sus manos y sentenció: “Bienaventurados los que nada esperan, porque nunca quedarán defraudados”. Se levantó y sus pies descalzos se deslizaron lentamente por el oscuro pasillo. Con su mano acariciaba la fría pared trazando su rumbo en la penumbra, la sensación de estar sola la embriagaba y la hacía verse desde una perspectiva ajena a ella misma, como si fuese otra persona quien recorriera aquella silenciosa y desconocida casa. Llegó a la pequeña cocina iluminada tan sólo por una tenue luz; necesitaba los tonos grises que la oscuridad le ofrecía. Abrió el grifo, mojó sus manos y sus brazos con el agua helada que golpeaba el pilón de piedra y retumbaba en la silenciosa cocina como en una nueva dimensión. Se secó las manos, refunfuño y le pidió a Edward que la acercase a la taberna ya que allí no pintaba nada.

Vivian en la casa que perteneció a la madre de Betty, estaba en el altozano a casi una legua del pueblo. Edward sacó el caballo del establo y ambos subieron a su grupa. Apresuraba el paso cuando despuntaron los primeros fogonazos de los relámpagos y tras el trueno, en un santiamén, la galerna comenzó a disparar su ira. El agua de poniente avanzaba en persistentes ráfagas, remos y truenos invadieron el litoral, Edward casi no podía vislumbrar el camino, azuzó al caballo y corrió a cobijarse bajo una oquedad en el declive rocoso del litoral; allí ni todos los ojos cerrados dormían, ni todos los ojos abiertos veían, desabrochó el lazo que sujetaba el capote y le dijo a la comadrona que se lo echara sobre la espalda y que se apretara a él, para que ambos se protegiesen del temporal. Estaban llegando a Gortmore, el viento aullaba con una fuerza huracanada allá en los acantilados, martillaba los tejados y se oía el ruido de los adoquines del muelle, chocando unos contra otros; en la espadaña de la iglesia la campana se bamboleaba, mostrando su sumisión al temporal, detrás, el viento, se arremolinaba con virulencia contra el ramaje de los árboles y amenazaba con arrancarlos. La comadrona asustada le dijo a Edward que espolease al caballo en dirección a la taberna del puerto, los bramidos del viento eran el preludio de una inquietante alborada que no traería buenos augurios.

Descabalaron y cuando la comadrona aferró el asidero de la puerta, un relámpago se ahogó en las aguas y la mente de Edward se sumergió en un mar de dudas. El suelo de la taberna era de cemento esmaltado por la suciedad y por los restos de espuma de cerveza negra. Las paredes encaladas mostraban los ladrillos a través del estuco, la suciedad le daba diversos tonos grises, que conformaban mapas y figuras imaginarias que hacían a aquella noche de lo más inquietante. Sobre la pared de la izquierda colgaban dos viejos almanaques, muy manoseados. Una tosca barra protegía a un viejo cantinero, de pelo seboso, uñas sucias y nariz aguileña. Detrás de una estantería cubierta por una tela, a la que la suciedad y la grasa la habían teñido de un color indecible, se ocultaban los ultramarinos que se despachaban durante el día. En un extremo, la báscula vigilaba a los parroquianos. La luz emanaba de un color mortecino en el que parecían diluirse las conversaciones; el humo de las pipas de los lobos de mar y el humo de la estufa embozaban a los paisanos. Edward sacudió el capote al aire, finas gotas de lluvia envilecidas salpicaron la realidad. Ambos se acercaron al mostrador y pidieron dos jarras de cerveza negra, el tabernero, ante la mojadura que mostraban sus ropas, se las sirvió en la mesa que cercaba la estufa y les indicó:

—Acercaros y se os quitará el frío.

La comadrona con la jarra en ristre se aproximó a la estufa para calentarse, bebió un sorbo y le dijo:

—No vas a invitar a los parroquianos por ser padre.

—No, apenas tengo para vivir, si quieres tomate otra jarra, yo tengo que volver; Betty está sola.

—Poco puedes hacer por ella, déjala que descansa, al ser primeriza es lo mejor para ella. Lo que me ha extrañado es que no estuviesen ni la vieja Carrigan ni alguna de sus hijas —ante el mutismo de Edward la comadrona siguió hablando—. ¿Edward tú te habías casado antes?

—No, Betty es mi primera mujer y el niño es mi primer hijo.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y cinco —respondió compungido.

—Pues a tu edad como no te hubieras apurado a lo mejor no llegabas a abuelo. ¿Y cuántos años tiene la pelirroja?

Edward quedó pensativo, no le contestó. Pagó las tres jarras y salió; la galerna azotaba ahora con tanta fuerza que no le dejaba avanzar, iba a pie, tiraba del caballo de la rienda y a duras penas pudo cruzar la plazuela. Se paró ante gran casona, en el portón unas letras mal pintadas anunciaban la botica; golpeó con fuerza la aldaba, nadie abrió, volvió a llamar y justo cuando abrían la puerta sonaban en el edificio de enfrente las campanadas de un carillón, se volvió y miró una esfera iluminada, azotada por la lluvia, que señalaba las doce y media de la noche. Por la mirilla de la puerta unos ojos legñosos le preguntaron:

—¡Qué quiere!

—Necesito que me despache estas hierbas, le entregó un papel de estraza.

—¿Quién se las ha recomendado?

—La comadrona.

—Espere.

La mujer del boticario cerró la mirilla de mala gana y una lluvia piadosa acariciaba la cara de Edward. Entonces un relámpago acometió impetuosamente a la noche y lo inundó todo de luz, allá en el horizonte, a su derecha en el altozano y una estela de plata envolvió la mar y tiñó todo el cielo de malva. La mar, antes oscura, se matizaba en verdor y las bravas olas magullaban a los barcos que, protegidos por el espigón, zozobraban en una mar embravecida. Un pájaro de sombra, surgió volando entre la espuma de las olas, sus alas puntiagudas trazaron un mensaje inquietante, intercalando en el horizonte, el cielo, la tierra y la mar; Edward quedó mirándole hasta que de pronto desapareció. En ese momento, emocionado, pensó que volaría hasta América, murmuró algo sobre un cormorán que había atravesado el atlántico. La malencarada mujer del boticario abrió la puerta, le entregó las hierbas y le pidió cinco chelines.

Cuando abandonaba la plazuela diluviaba a cantaros, el resplandor de las tenues luces de la taberna iluminaba las cortinas de agua que brotaban torrenciales y repiqueteaban sobre los charcos del camino. Edward levantaba la cara y dejaba que la lluvia discurriera libremente por sus mejillas, a veces era tan copiosa que le cegaba. El agua bajaba con fuerza y había convertido al camino en un arroyo. Iba a pie remolcando al caballo. El frío se solidificaba en su rostro y le sellaba sus pensamientos. Se ató al cuello y a la cintura el capote y se enfrentó con la vereda que estaba totalmente enlodada. El viento comenzaba a dejar de resoplar y el temporal amainaba. La lluvia había cesado dejando tras de sí, el frío manto de la bruma. Machaconamente se preguntaba si debería emigrar, tenía el presentimiento de que estaba huyendo. La angustia le embargaba se debatía entre la fuerza del cariño y su propia debilidad. Su recién nacido hijo en aquella aldea no tendría porvenir. Caminaba lentamente por el extremo del camino, oteaba estremecido el vacío cuadrangular de la noche, se detuvo y escudriñó durante unos instantes, aunque tan sólo percibió como el aliento del caballo desgajaba la vastedad de aquel silencio. Por fin llegó a la casa, sin darse cuenta estaba impasible mirándose delante del viejo espejo, que estaba encima del arcón, tenía el capote empapado y la cara demacrada; se acercó a la cocina, cogió una tartera la llenó de agua y la puso en el fogón a hervir con las hierbas medicinales que le había comprado a la mujer del boticario; fue al dormitorio y vio como madre e hijo dormitaban, volvió a la cocina y mientras esperaba a que hirvieran las yerbas, se sirvió unas borrajas de café que reposaban sobre los rescoldos del fogón, las sorbió lentamente y notó como le quemaban la garganta. Introdujo la mano en el bolsillo, sacó picadura de tabaco, llenó la pipa, sacó un ascua

del fogón, puso la pipa en la comisura de los labios y la encendió, le dio una profunda calada y observó como el humo que exhaló, ascendía libre hacia la luz mortecina del techo, en un intento baldío de huir de aquella opresión.

La lluvia repiqueteaba con fuerza contra la ventana, era el sonido de la soledad, cogió una taza de barro y echó la poción; subió al dormitorio, cogió a Betty por detrás del cuello y le puso la taza en sus labios, ella seguía dormida, le sacudió ligeramente la cabeza para que se espabilara y de repente la cabeza se desmoronó sobre sus hombros. Edward sintió como su alma se angustiaba y notaba como extrañas sensaciones se agolpaban caóticamente en su cabeza. Sin darse cuenta se encontró con la muerte. Lanzó un gutural gemido que despertó al bebé que comenzó a llorar, cabizbajo y tremendamente cansado, le acogió en sus brazos y una entrañable desazón le embriagó; al sentirlo respirar percibía que algo se rompía en su interior, supo que aquella agri dulce soledad, que le embargaba, iba a ser fiel compañera de viaje, en los tortuosos caminos que le quedaban por recorrer a lo largo y ancho de su vida. Con esas amargas sensaciones entregó al sueño reparador a su hijo y su corazón se desgarró al ver que su amada Betty, que acababa de cumplir veinte años, moría antes de iniciar la andadura de su vida. Se sintió muy viejo, aunque su corazón tenía la edad de la persona que amó. Llorando agriamente blasfemó: Maldito Dios por no habérselo llevado a él.

Quiso el destino que aquella noche de desazón se desencadenase una feroz tormenta, otra vez comenzó a diluviar con fuerza y los ojos de Edward se ahogaron con lágrimas de rencor, que mezcladas con la atroz lluvia inundaron sus mejillas y desbordaron su alma. Como un loco salió de la casa a maldecir a Dios por su desventura, era como las malas fuentes que se conocen durante las grandes sequías; él nunca había tenido amigos, tan sólo tuvo a su amada Betty, se refugió en su dolor, se acercó a la fragua, cogió un hierro, lo calentó hasta que se fundía y lo golpeó con tanto odio que la sangre cegó sus manos y su alma. Todo se le venía encima y le precipitaba a los infiernos. Lloró, gritó, maldijo, blasfemó, hasta que exhausto sintió como sus manos se aferraban al hierro candente y el fuego las chamuscaba y sellaba su alma. Salió al patio que cercaba la casa y lo que primero vio fue como los vientos porfiaban. Las montañas permanecían inanimadas. Pero los vientos se contrariaban. Por el meneo de los árboles se percató de que no eran usuales. El aire rugía en una sola dirección. Estos vientos corrían y retornaban hacia todos los horizontes. Una parte de los bosques acosados por las ráfagas se torció hacia poniente y la otra lo hizo hacia el naciente pagano. Y lo más extravagante, fue que las hojas de los árboles que no azotaban los vientos caían hacia arriba. La lluvia también cambió de dirección: llovía de la tierra al cielo. Entonces Edward comprendió su desazón.

Dos días después, al alba, antes de que la luz lo invadiera todo, las hermanas de Betty, la lavaron con agua perfumada. Le cortaron un mechón, se lo entregaron a él. Le cerraron la boca para siempre y colocaron sus manos sobre el pecho, la impavidez de su cara le daba un aspecto de descanso eterno. Parecía dormir placidamente. Luego la amortajaron con una sabana blanca y fue entonces, cuando Edward fue consciente de que realmente había muerto. Tenía una placida sonrisa en su boca, que parecía el sol cuando ahuyentaba el crudo invierno irlandés del rostro humano. Con su muerte se quebró el cordón umbilical que le unía al pueblo y supo que las lágrimas eran el sagrado derecho del dolor. Cuando volvía del cementerio, se dirigió a los árboles, blasfemó, tronaron los bosques, las telarañas de nubes cargadas de agua anegaron sus sueños y empantanaron su vida, todo se enredo en el

altozano y destruyó su alma, y, por primera vez en su vida sintió que no le había querido nadie desde que nació.

—Hola Morgan.

—Hola Carrigan, que raro verle por aquí.

—Vengo a ver qué tal está mi nieto.

—Un tanto solo, tiene nostalgia de su madre.

—Pues de eso mismo venía a hablarte —puso sonrisa de hiena y siguió hablando—. Un hombre con un hijo de tres meses no puede vivir solo en lugar tan apartado como este —el viejo Carrigan hizo un vano silencio esperando, en vano la respuesta de Edward—. Ya sé que es pronto, pero tú deberías volverte a casar —el sagaz Carrigan hizo otro silencio en espera de que Edward arrancara, pero por respuesta no obtuvo más que una fija mirada de sus ojos—. Mi segunda hija Bert estaría dispuesta a desposarse contigo y adoptaría, sin duda, al bebe como suyo, al fin y al cabo es el hijo de su hermana la pequeña. No dices nada —el mutismo de Edward comenzaba a airar al viejo Carrigan que fuera de sí exclamó—. ¡Maldita sea, porqué callas! ¡Di algo! He venido ha hacerte una propuesta y no dices nada. Ya estoy cansado de que mi nieto esté desprotegido. Cuando en las heladas mañanas te lo llevas al labrantío, veo como enciendes una hoguera y lo dejas en un capacho a la intemperie. Si no fuera por Wilma, la fiel perra que os regalé cuando os casasteis, ya estaría muerto, se acurruca contra él para darle calor y le protege del frío, ya estaría muerto. Lo ha adoptado, pero mi nieto no debe ser cuidado por una perra labradora. Aceptas mi propuesta. ¿Maldita sea? ¡Porqué callas!

—Contra el callar no hay castigo ni respuesta —apenas pudo balbucir Edward que le sentía ganas de agarrarle por el cuello y echarle a la calle.

—Si puede que así sea, pero yo no quiero que mi nieto Edy sea como los desgraciados que no tienen otra medicina que la esperanza. Exijo que mi nieto sea educado como le corresponde a un Carrigan.

—Exigete todo a ti mismo, pero no solicites nada de los demás. Yo llevo tres meses sacando adelante al bebé y lo hago con mucha entereza y cariño. Al primer mes apenas pude salir a cuidar los campos, recuerda cuando fui a verles para pedirles ayuda, pero solo obtuve silencio, querías echarme un pulso, que me hundiera y te entregara al bebé, pasé muchos apuros, pero juré que yo solo sacaría adelante a mi hijo.

—No tienes porqué hacerlo. Si no te gusta mi segunda hija, que por cierto es de tu edad, te podría ofrecer a la pequeña, aunque ya te llevaste a la que lo era, y la mataste.

—¡Yo no maté nadie! Fue el destino de esta maldita isla quien lo hizo, pero fue ayudado por usted; si su mujer y sus hijas hubieran venido el día del parto, cuando yo tuve que dejarla sola para llevar a la comadrona al pueblo, a lo mejor ahora Betty estaría dándole de mamar al niño; pero usted, que es una mala persona, no quiso ayudar a su hija, tenía que castigarla por haber ido a la casa de Dios embarazada. Si no fuese por los Callajan que tienen una nuera que parió al día siguiente de nacer Edy y que lo está dando de mamar, altruistamente, ahora Edy estaría muerto.

—Como creo que eres un desagradecido y no aceptas mi propuesta, hablaré de otro tema. Tú te casaste con Betty hace hoy justamente un año. Yo te di una buena dote para mi Betty, no querrás quedártela por tan solo un año, fueron doce fanegas de mis mejores tierras.

—Por supuesto que no me las voy a quedar para mí —Edward observaba como la cara del viejo Carrigan aflojaba y sintió como su manaza le daba palmaditas en la espalda.

—Ya sabía yo que los Morgan erais de fiar.

—Claro que somos de fiar, aunque usted no me quiso conceder la mano de su hija hasta que no supo que estaba embarazada. Lo que usted no sabía, era que yo aunque no me hubiese dado dote alguna, me hubiese casado con mi amada Betty. Pero dejémonos de pamplinas, le voy a decir solamente dos cosas y daré esta conversación por terminada, y, si usted cuando yo haya acabado de hablar no sale de mi casa, no tendré otro remedio que echarle a patadas —Edward nota como el viejo Carrigan se envalentona y le apercibe—. No se ponga bravo y escuche con atención: Yo nunca volveré a casarme, tengo ya una edad algo avanzada y quiero mantener vivo, en mi viejo corazón, el recuerdo imborrable de Betty. Y en lo concerniente a la dote será para su nieto Edy, así lo hubiese querido su hija.

—Maldita sea, yo ya sabía que aquel matrimonio iba a ser un tremendo error.

—No crea suegro usurero que un error —Edward aferró al viejo Carrigan por un brazo y le arrastró hacia la puerta al mismo tiempo que sentenciaba—, es tanto más peligroso cuanta mayor cantidad de verdad contenga.

Cuando se marchó su suegro Edward quedó descansado. Las lenguas colgantes del papel despegado dejaban asomar el húmedo yeso gris que se cuarteaba y se caían, junto al rodapié, cuyo borde superior estaba recubierto por un impalpable polvo blanquecino, otras pequeñas placas, cuyos fragmentos se esparcían por el suelo y lo tiznaban. Sobre el embaldosado cuadrado, roto en muchos sitios, en otros estaba como corroído, había también, dispersos trozos de yeso, pedazos de madera del contramarco desvencijado de una ventana, una botella, y un saco vacío cuya tela rugosa formaba blandos pliegues. Del techo colgaba una bombilla de poca potencia, se la podía mirar fijamente al filamento, enroscada en un casquillo de cobre deslucido. El filamento tenía la forma de una gorguera festoneada tendida sobre radios horizontales, también ellos incandescentes, aquel conjunto le recordaba el armazón, contorno y varillas, de una sombrilla o paraguas acostado. Aburrido y como el niño dormía placidamente Edward decidió salir afuera. El cielo estaba sereno, pero los árboles aparecían sin hojas; nada agitaba el aire y ningún pájaro lo atravesaba; todo estaba inmóvil, y el único ruido que se dejó oír fue el de la hierba helada que crujía bajo los pasos nerviosos de Edward que en voz alta bramaba: “Betty porqué me has dejado”

La familia Carrigan nunca más volvió a ver a Edward Morgan, a su hijo Edy le vieron, las dos solteronas tías, cincuenta años después ya convertido en el todo poderoso Edgar Morgan II presidente de la Corporación Morgan.

## 2. La diáspora.

Decidió enfrascarse mirando aquel paisaje por última vez, se marchaba de Irlanda. Habían transcurrido tres años desde la muerte de su amada Betty, el niño crecía robusto, se parecía a él, tenía el semblante del clan de los Morgan. Las tierras y la casa las había vendido a buen precio, con el dinero se compró el pasaje a Nueva York y le sobró algo para los primeros días en América. El trayecto de Gortmore a Galway transcurría por una tortuosa carretera, las casi cuarenta millas que separaban el pueblo de la capital del condado, estaban coronados por espléndidos acantilados, al caballo le llevaría más de dos horas en recorrerlos. En aquella soleada mañana de otoño, el sol se mostraba alegre, el verde de los prados resaltaba con el festival de ocres que presentaban los árboles, proporcionando al paisaje una calidez que contrastaba con la helada agua del mar, se detuvo para retener en su retina aquel inolvidable paisaje. Aquella imagen, con su hijo en el regazo, ya nunca se borraría de su mente, siempre le acompañó y en los momentos difíciles, le daba fuerzas para seguir luchando. Aunque a veces hallaba tan grande la miseria que temía necesitar de ella.

Cuando llegaron a Galway la tarde comenzaba a caer, los rayos de sol apenas atravesaban las nubes que llegaban del Atlántico cargadas de lluvia, la tenue luz se esparcía por la ensenada y difícilmente se podía distinguir el contorno de la costa, al fondo, entre suaves montañas, el cielo se mostraba de un gris amenazante. La tarde tenía ahora ya un color sombrío y amenazaba una noche sin suspiros. Olía a sal y a brea; al fondo divisó una cortina de lluvia que avanzaba, pronto diluviaría a cantaros, el resplandor de las tenues luces de los barcos del puerto iluminaban las rachas de agua, que brotaban torrenciales del techo estelar, la mar rompía violenta contra el espigón y oleadas de espuma azul se esparcían por el muelle y se confundían con la lluvia, que furiosa repiqueteaba contra los charcos. Levantó la cara y dejó que el agua le cegara y discurriera libremente por sus mejillas, quería que aquel instante se grabara en su corazón. El frío y el recuerdo de Betty solidificaban su rostro y un gusto salobre sellaba sus labios.

El niño comenzó a llorar, tiritaba de frío, Edward decidió buscar una posada para pasar la noche, a la mañana siguiente embarcaría en el Liverpool, un viejo carguero reconvertido para llevar pasaje en sus sollados. Llovía sin parar, con rabia. El viento aullaba fuerte del nordeste, era muy húmedo, amenazaba tormenta y las gaviotas volaban haciendo órbitas sobre la aldea, sin aventurarse a salir a la mar. Había luna nueva y con ella llegaban las grandes mareas, los marineros conocían que el viento del noroeste siempre enfriaba las aguas, al mismo tiempo que les traía lluvias. En ocasiones como aquella, provocaba los grandes temporales del invierno, atraía hacia la costa los bancos de pesca, pero los barcos estaban de arribada y no podían salir a la mar a pescarlos. El clima sellaba sus vidas. En la aldea había muchas viudas y huérfanas, ataviadas de negro, llevaban desde que las engendraban el luto,

que la mar demandaba ávida de tributo, bien por su padre, por un hermano o por el marido, o por algún hijo, o por todos, si vivían lo suficiente. Los hombres no nacían cuando sus madres los parían, sino cuando lograban cumplir sus sueños y en aquella aldea, muchos nunca lo lograban.

Comenzaba a amanecer, la posada recobraba su ajetreo, decenas de campesinos, recogían sus bártulos, prestos para ir a los muelles. Los niños eran los que presentaban más excitación, corrían de un lado a otro inquietos por la tensión de la partida, las caras de sus mayores denotaban el miedo de la tristeza de la huida y la añoranza por llegar a la tierra de promisión. Edward se levantó, aseó al niño, pagó la cuenta y salió a la calle, caminaron lentamente, pueblo abajo en dirección al puerto. Sentía que dentro de él todo era controversia, que era el modo de sacralizar y perpetuar sus errores. ¿La muerte de Betty le había convertido en un ser descreído y resignado? Caminaba nervioso, ya estaba cerca del muelle. El barco zarparía a las nueve y media. La mar se enarbolaba, él no sabía si aquella partida sería el fin o el comienzo de algo remoto e intangible. Ahora sentía como se ahogaba, tenía dudas, quizás el niño crecería mejor en Irlanda. Sin darse cuenta estaba delante del barco, una sensación de inseguridad le agrió la saliva y los ojos azules del niño, que le miraban acuosos, le hicieron retroceder. Lo acercó a su cara y lo besó sutilmente. Unas tenues lágrimas resbalaron por sus ojos celtas, pero no se rindieron por su cara y lubricaron su alma maltrecha. El Liverpool, un herrumbroso carguero, estaba atracado en el espigón central de muelle, Edward subió añorante y dirigió la mirada a lo lejos, allí quedaba su amada Betty, un día volvería a por ella y llevaría sus cenizas al nuevo mundo. Las tareas de estiba se retrasaron y el buque zarpó a media tarde. El azul del cielo, se había oscurecido, parecía que el turbio sol les miraba con desdén por su partida; el azulado cielo se convirtió en un tul ceniciento y el mar en venganza no reflejaba el sol en el agua. El barrer de los remos y las hélices de los barcos, que regresaban con la quilla muy hundida, llegaban cargados de frutos de mar, rompían con su surco el mar que se enfadaba y deshacía las estelas de ondulantes olas en lloros de espuma.

Desde la borda, con Edy en brazos divisaba los acantilados que rodeaban la aldea, un fuerte olor a algas naufragadas, le embriagaron, algunas gaviotas escoltaban el Liverpool y revoloteaban a su alrededor dándole el adiós; el mar se había entristecido y el monótono sonido del romper de las olas, en los acantilados, era su lastimosa despedida; el sol triste se había escondido tras una espesa neblina y a lo lejos, de vez en cuando, el granizo de algún cormorán hambriento quebrantaba la tristeza de aquel día crepuscular. El cielo se iba tiñendo de un color grisáceo, casi negro, las nubes enrocadas por un viento del norte iban asaltando el infinito marítimo. A lo lejos, hacia el noroeste, sobre el confín marino, el fulgor de los relámpagos notificaba una insospechada tempestad invernal. Las gaviotas se despedían y dirigían su vuelo hacia las rocas de los acantilados para refugiarse de la tormenta, recelaban de la llegada de la noche y no necesitan despertador, como las personas, ni oír el triste tañido de las campanas de las iglesias para enterarse que ya se avecinaba la hora del crepúsculo.

Acariciado por un sureste cálido, el barco ondulaba sobre un mar de fondo. Llevaban cinco días de singladura. Edward pasaba la mayor parte del tiempo sobre la cubierta con Edy en sus brazos, las bodegas del barco eran tenebrosas y estaban muy sucias, había tuberías por todos lados que rezumaban grasa ennegrecida y el olor a aceite quemado lo invadía todo. Los tres primeros días de singladura el pasaje se había mareado y los sollados, en donde dormían amontonados, olían a vomito y a rancia humanidad. Era la hora del atardecer, unos postreros rayos del sol bañaban un horizonte

radiante y teñían a la mar, allá en los confines de la inmensidad, de reflejos púrpura. Reclinado en la amura de estribor, Edward oteaba el horizonte de agua, pero se desvanecía en los límites de sus pensamientos que abrazaban la pelirroja melena de Betty. Sabía que en las almas grandes había rincones de debilidad en los cuales dormían las supersticiones. Era su primera singladura, nunca había salido a la mar, tan sólo conocía los muelles y la playa, donde la mar copulaba con ella. El niño gateaba y jugaba con los niños menores de un vecino de la parroquia, el bueno de Jhon, tenía seis hijos y se los llevaba al nuevo mundo. Su mujer, Jane, aunque algo mayor, le recordaba a Betty, cuando su melena pelirroja se reflejaba ondulante al son del viento, pero cuando reía la magia desaparecía, parecía como la carcajada de una mujer de mala vida que anuncia que era accesible.

—Hola Edward, porque no te vienes a comer con nosotros —le preguntó Jane.

—No me gustaría molestaros, vosotros tenéis muchos hijos.

—No molestas, acércate y compartiremos la comida —Jane no tenía la dulzura de Betty, pero era una buena madre. Cogió en brazos a Edy le limpió las manos y con dulzura le regañó—. No te chupes los dedos que los tienes manchados de herrumbre —Edy puso pucheros y ella le estampó un sonoro beso en las mejillas, le hizo unas carantoñas y le dijo—. Pero que guapo eres.

Sus niños estaban bien educados, se notaba la mano de una mujer, Edward envidiaba la familia de Jhon porque estaba llena de la alegría que produce una madre con sus hijos. Edy los buscaba y sobre todo a Jane, se notaba que echaba de menos una madre.

—¿Adónde te diriges Edward? —le preguntó Jhon.

—A Nueva York.

—Nosotros a la región de los grandes lagos, allí vive un hermano de Jane que ha conseguido tierras del gobierno a buen precio, me compró tierras al lado de las tuyas y las trabajemos juntos.

—Yo ya no quiero saber nada de tierras, en Irlanda tuve que trabajar toda la vida como un esclavo, no conseguí nada a cambio y la tierra se llevó lo que más quería en la vida.

—No desfallezcas que en América todo será distinto, yo quiero educar a mis hijos en la fe católica y que sean estudiados —le animó Jane al ver como sus ojos enrojecían de llanto contenido.

—En tu caso lo entiendo, Jane, pero yo sólo tengo un hijo y ya soy mayor para volver a enfrentarme con la tierra.

—No se te ve nada mayor —le dice para halagarle, le mira a su pelo color ceniza y le pregunta—. Cuantos años tienes.

—El mes que viene cumpliré cuarenta y siete. Lo tengo todo meditado, me quedaré en Nueva York y buscaré trabajo en la estiba del puerto, allí trabaja un vecino de la parroquia, fuimos juntos al colegio y sin duda me ayudará.

—Pero los muelles de Nueva York son muy peligrosos. Dos de nuestra parroquia han muerto y se dice que fueron asesinados.

—Me imagino que habrá de todo, pero allí suele haber trabajo duro y buena paga.

—Piénsatelo bien Edward, si fuese un hombre soltero no te lo recriminaría, pero tú eres padre, como yo, y tenemos que velar por nuestros hijos. El puerto de Nueva York puede que a ti te dé trabajo, pero allí ninguno de los dos seréis felices. No entiendo como has dejado Irlanda. El viejo Carrigan tuvo tres hijas y como era un clan muy cerrado, tan sólo pudo casar

a la pequeña contigo, aunque sé que no os llevabais nada bien, al no tener descendencia no tendría más remedio que dejar todos sus bienes a tu hijo.

—¡Nosotros no queremos nada de ese viejo usurero, prefiero mendigar a tener que depender del clan de los Carrigan, y, además, yo jamás volveré a trabajar la tierra!

—Jhon vigila a los niños, parece que va a llover, voy a ver si me da tiempo y encuentro un cubo y baño a los niños que están muy sucios.

—Yo también me voy, como no llevo sitio fijo, necesito coger un buen lugar para poder acostar al niño.

—Que tengas suerte, si quieres mañana desayunamos juntos.

—Vale. Edy deja de tocar al perro que está muy sucio. Este niño tiene una vitalidad que me puede.

—No lo creas, son todos así, sino fuera por Jane no sé lo que haría.

Sultán era el perro del barco, se movía como si fuese un verdadero lobo de mar, los niños le adoraban. No paraba de ir y venir de proa a popa, aullaba al son de las olas que de vez en cuando barrían la cubierta de proa, de repente avanzó hacia la amura de estribor, miró a la lejanía y comenzó a aullar y a mover el rabo frenéticamente. El sobrecargo se acercó a la proa, contempló como la resaca arreciaba, acarició la cabeza salobre de Sultán y añadió: “Ya lo sé, que viene marejada, eres como los marineros, vamos a cruzar un temporal y tú aún te acuerdas de aquella perra”. Desde el puente el primer oficial le gritó al sobrecargo: “Despeja inmediatamente la cubierta, el barómetro descendiéndole súbitamente va camino de los ochocientos milímetros”. Bajaron a los sollados, a Edward no le dio tiempo de buscar un sitio y los Mackintad le propusieron que dejara al niño con ellos y él se fue a su zona, ellos habían pagado más y tenían un sitio fijo en el sollado. Aceptó a regañadientes, no quería separarse del niño, pero sabía que estaba más seguro con ellos. Todo fue muy rápido, la tempestad se rompía, la tenían encima; las viejas y oxidadas cuadernas del Liverpool crujían y amenazaban con resquebrajarse, el palo mayor y la grúa se bamboleaban amenazantes sobre la cubierta, el centro de gravedad del barco se había desplazado hacia babor y la obra muerta amenazaba con romper las cuadernas. Una racha huracanada sopló repentinamente, se llevó con estrépito la grúa, el Liverpool sufrió un fuerte embate del mar por la amura de barlovento. Alarmados Edward y Jhon ataron a los niños a un mamparo y fueron a ayudar a los marineros que frenéticos luchaban denodadamente con la carga para que no se corriese; Edward intuía que el Liverpool podría partirse en dos y llevar al fondo del mar a su hijo; de repente notaron como el barco se elevaba y se montaba en una gran ola, la marinería intuía el naufragio, ayudados por los recios irlandeses, subieron a cubierta y ataron toda la estiba, el barco, a duras penas pudo enderezarse y puso proa al temporal. Edward y Jhon atados a una barandilla veían con horror el negror de las olas romper contra el puente del Liverpool. El agua barría la cubierta, enormes olas azotaban el costado del buque, el mar intentaba tomarse su venganza; Edward observaba con angustia como de la popa desaparecían dos marineros, el mar se los llevaba a sus confines y volvía a cobrar su tributo, las olas no arreciaban, barrieron la proa y el puente, y se llevó parte de la valiosa carga a las profundidades del océano que recobraba sus confines reclamando su gabela. Edward prometió nunca más volver a embarcar y lo cumplió.

Cuando desembarcaron era el quince de diciembre del año mil novecientos veintiocho, la travesía había durado dieciocho días, cinco más de lo previsto. Al desembarcar las caras de los irlandeses denotaban delgadez, estaban desencajadas por el mareo y el miedo que los acompañó durante toda

la travesía, pero iban poseídos de una alegría desmedida: estaban en el nuevo mundo. Edward cuando saltó a tierra se despidió de los Mackintad y sentenció: “Es más que probable que nunca nos volvamos a ver, pero mi hijo y yo nunca os olvidaremos, habéis sido nuestra familia en esta dolorosa aventura y nunca olvidéis que la tierra no es una herencia de nuestros padres, sino un préstamo a nuestros hijos”. Todos se abrazaron y con el llanto en sus rostros se despidieron. Edward se puso a la cola de los que se quedaban en Nueva York; los procedimientos de la aduana fueron horribles, cinco barcos habían llegado aquel día, había italianos, alemanes, rusos y griegos que apenas entendían el idioma, estuvieron de pie todo el día, apenas pudieron comer y al niño sólo pudo darle de beber una vez y trozo de pan duro. El griterío era incesante, lloros de los que le denegaban la entrada, otros no entendían lo que les decían los guardias, creían que los repatriaban, crispaban sus rostros y gritaban palabras inconexas. Los guardias mostraban sus porras amenazantes a la multitud que desesperaba; a pesar de que llevaban sus mejores vestimentas parecían harapientos, aquello debería ser como la bíblica torre de Babel. Los trámites aduaneros duraron el día y toda la noche. A Edward el que fuera con un niño le facilitó los trámites. Les desinfectaron, les concedieron la visa y le dieron un documento con las normas para emigrantes y por fin los dejaron entrar en la tierra de promisión. El destino jugaría con ellos, unas veces de manera cruel y otras con redención, ahora el horizonte estaba en sus ojos y no en la realidad. Se amontonaron las nubes sobre sus cabezas y la luz se disolvió en los muelles.